

EUSEBIO LILLO

Canto de Caupolicán en un día de batalla

I

SU FRENTE majestuosa reluce en el
 Rasgando la neblina, tranquilo, el bello [oriente
 Al arma hijo de Arauco, vivid como va- [sol. . .
 Y al golpe de tu maza se postre el español; [liente
 Dejad que allá en su campo despliegue [con orgullo
 Fusiles y cañones, su sable y su alazán;
 Al choque de tu lanza caerá como el ca- [pullo
 Que huella en sus furores ligero el hurra- [cán.
 Alzad el fuerte escudo, llevad la lanza al [brazo
 Y al grito de los libres, marchemos a ven- [cer;
 No importa que cobardes nos lancen el [balazo. . .
 La muerte la desprecia quien libre quiere [ser.
 Que mire entre nosotros su tumba ese [verdugo
 Que vino a nuestra tierra furioso a devas- [tar. . .
 Vergüenza a los cobardes que a su pesado [yugo
 Rindieron humillados sus cuellos sin chis- [tar!
 ¡La guerra!, guerra Arauco, volad a la [batalla,
 Quien muere en el combate, renacé en un [jardín:
 Volemos. . . tras el muro que forma la [metralla
 La sangre de esos tigres será nuestro festín:
 ¡Allá sobre el cadáver del español osado,
 En sangre nuestras plantas la huella es- [tamparán;
 Serán de nuestras tierras las lanzas el ara- [do. . .
 ¡Con sangre de traidores más fértiles se [harán.

Mirad esa bandera que pérfido tremola. . .
 La nuestra es el remedo del cielo de zafir;
 El cetro de sus reyes se pinta en la espa- [ña;
 ¡La nuestra lleva el astro de un puro por- [venir.

Volemos. . . esa enseña que ostenta ese [mezquino
 Se dobla a la presencia de nuestra enseña [azul;
 El sol de los combates nos abre ya el ca- [mino. . .
 Volemos y venzamos al rayo de su luz.

Que cuando el sol sepulte su frente majes- [tuosa,
 Donde está, diga a España la tumba de su [grey,
 Y el pueblo que atacarnos con su cañón [nos osa,
 Sabrá entre pueblo y pueblo cuál de los [dos es rey.

Y el sol que allá mañana daráles sus re- [flejos
 Relucirá empolvado con tenue respian- [dor. . .
 Y el rey que allá cobarde nos mira desde [lejos
 Sabrá que no hay cañones a lanzas ni a [valor:

¡Cobardes! que se ocultan bajo la dura [cota
 Y piensan, nuestras lanzas burlar así tal [vez. . .
 Cuando la vibra el fuerte, la lanza no se [embota. . .
 Al golpe del de Arauco no hay cota ni [altivez.

Mirad cual nuestros campos sepultan ese [resto
 Del que intentó primero venirmos a ro- [bar. . .
 ¡Los otros que han seguido que desapare- [can presto. . .
 ¡¡Avaros no contemplan que tienen que [esperar!!

Nosotros si perdemos la vida en el con-
 Será sobre el cadáver del pérfido espa-
 Quien lidia por su patria la muerte no le
 Al que huye de la muerte, no alumbra

Alzaos compañeros y al son de nuestros
 En ristre nuestras lanzas, marchad a com-
 El Dios de nuestros pueblos, el Dios de
 Nos marca en nuestra frente brillante

El himno de la guerra, valientes entone-
 Al son de su armonía, marchemos al ca-
 Marchados y a lanzazos al fin derribare-
 Del enemigo imbécil el lúgubre pendón.

Mirad al hijo bello, cerca la esposa cara...
 El triunfo de sus padres aguardan con

El español les diera, si el español triun-
 La muerte y los insultos en vez de darles

Al arma hijos de Arauco, pelead como
 Y al golpe de la maza se postre el español;
 Rindamos nuestras vidas o alcemos nues-
 Antes que al mundo esconda su luz el cla-

II

Alzó el cañón su bélico estampido;
 Llenos de ardor los bravos se lanzaron
 Y entre el polvo que alzábase esparcido,
 Los firmes escuadrones se chocaron:

Y es fama que después, veloz se alzara
 Un eco... y entre el polvo del combate,
 Orgulloso al de Arauco se mirara
 Y a sus plantas la España que se abate.

Obras Poéticas. Ediciones de la Sociedad de Es-
 critores. Santiago de Chile, 1948. Págs. 147-150.

RUBÉN DARÍO

Caupolicán

A Enrique Hernández Miyares.

Es algo formidable que vio la vieja raza:
 robusto tronco de árbol al hombro de un
 salvaje y aguerrido, cuya fornida maza
 blandiera el brazo de Hércules, o el brazo
 de Sansón.

Por casco sus cabellos, su pecho por co-
 pudiera tal guerrero, de Arauco en la re-
 lancero de los bosques, Nemrod que todo
 desjarretar un toro, o estrangular un león.

Anduvo, anduvo, anduvo. Le vio la luz
 le vio la tarde pálida, le vio la noche fría,
 y siempre el tronco de árbol a cuestras del

"¡El Toqui, el Toqui!", clama la conmo-
 Anduvo, anduvo, anduvo. La Aurora di-
 e irguióse la alta frente del gran Caupo-
 licán.

La Epoca, Santiago, 11 de noviembre de 1888.